

NUEVA VIDA

Pasadas las elecciones se impone la reorganización del partido republicano, porque así no podemos vivir un momento más.

La lucha electoral del presente ha venido a demostrarnos que ni hay solidaridad, ni disciplina, ni programa, ni dirección, ni nada; y un partido que no reúne ninguna de estas condiciones, no puede subsistir, porque no se pueden confiar sus éxitos al azar, ni son triunfos para la comunidad el logro de aspiraciones de un par de docenas de privilegiados, que por unas causas ó por otras, pero todas ajenas al esfuerzo colectivo y á la común aspiración de los afiliados, logren un asiento en el Parlamento.

No censuramos á nadie, porque todos hemos incurrido más ó menos en responsabilidades, y, por lo mismo, todos estamos en el deber de corregir los yerros cometidos, y proponernos los aciertos indispensables para reunir á los dispersos y ofrecer las garantías indispensables al pueblo de que somos una esperanza para dirigir bien los futuros destinos de España.

Anunciamos á tiempo lo que habíamos de suceder. Reclamamos del Directorio actividad y energía para la lucha, y eficaz intervención en la contienda electoral, allá donde hubiera candidato propio, y la conveniencia de dirigir un Manifiesto á la nación en que se hiciera conocer íntegramente nuestro programa.

Nada de esto se ha hecho. Cada uno lucha por su cuenta y toca el resorte que cree le conviene más para asegurarse el triunfo; y mientras hay candidatos republicanos que se convierten en defensores del programa de las Cámaras de Comercio, y se abrazan con Paraiso y compañía, hay otros que combaten con saña á los restos casi disueltos de la Unión Nacional. Mal se verá los de uno y otro bando defendiendo una misma política y unas mismas ideas en el Parlamento.

El desfile de feroces revolucionarios para ingresar en la capilla romerista, también nos ofrece el tristísimo espectáculo de ver convertido á nuestros correligionarios por los que todavía se llaman republicanos, aunque forman un núcleo de corona y gorro frigio enlazados, capaz de volver loco al que se proponga armonizar estas dos ideas que se odian mutuamente; y es que estos apreciables ex-correligionarios han caído en la cuenta de que su jefe—ellos que tanto vociferaron contra las jefatutas—sigue la misma conducta de todos los restauradores: restar fuerzas y dividir á los republicanos.

Triunfarán algunos correligionarios de grandes méritos, de probada consecuencia, de brillante hoja de servicios, de prestigio y de autoridad, reconocidos por todos. Pero es preciso declarararlo: el gran partido republicano español no tendrá por esta vez representación en el parlamento más que en la menor de sus dos ramas, en la rama federal pactista; el núcleo poderoso de republicanos autonomistas, más ó menos radicales, que sueltos los unos, y siguiendo las inspiraciones de la unión republicana los otros, estas fuerzas poderosas, no estarán representadas en el Parlamento. Porque los señores que luchan por su cuenta, sin haber convocado al pueblo, con ser muy dignos de todos los respetos, esos no pueden representar más que á su ilustre persona.

La reconstitución de las fuerzas se hace indispensable, precisa, de absoluta necesidad, y es preciso que alguien, en cualquiera parte que tenga historia, que se considere con autoridad y con nombre, proceda á esta necesidad convenientísima antes que el cansancio de unos y el olvido en que yacen muchos, haga imposible restablecer al potente partido que ha reunido por sí solo más fuerza que todas las demás colectividades políticas reunidas. Y hay que hacerlo con programa nuevo que abarque todos los problemas actuales, con los elementos sanos y puros, que aún quedan muchos que, por haberlo sacrificado todo y por haber acreditado carácter é independencia, no doblando la rodilla ni inclinando el espinazo ante los fuertes, son materia dispuesta para dar calor y vida al nuevo organismo político.

No se puede ni se debe excusar á nadie como han hecho nuestras pasadas direcciones políticas; todos son buenos, todos sirven, cada uno en su esfera, pero sí se debe cuidar de buscar principalmente á los no contaminados de herejía ni de complacencias con los gobiernos de la monarquía; hay que procurar llevar á los principios puros puestos á todos aquellos que han resistido y no se han prestado á complacencias ni han aceptado caricias, ni dones, ni mercedes de la monarquía, en ninguna de las múltiples formas de que se valen los gobiernos para ahogar á los adversarios á cambio de ciertos servicios.

Un partido republicano nuevo, purificado, seleccionado de elementos que, si predicaban la revolución á todo trance, no sentían bien las ideas, tomando como base nuestro credo democrático y avanzando para armonizar los intereses del individualismo con las justas demandas de la escuela socialista se abriría amplio cauce en poco tiempo y restablecería esa idea que parece muerta, cuando más vigorosa se alimenta en los nobles ciudadanos españoles.

Somos muchos, muchísimos, pero vivimos aislados y separados, y es preciso que todas las unidades se sumen para formar un verdadero partido de que carecemos, homogéneo, con programa, iglesia y dirección, y con la bastante elasticidad de matices indispensables en estos tiempos, y una fuerte cohesión en lo fundamental con vigorosa disciplina.

A. A.

Murmuraciones

El miércoles en la noche celebraron un mitin los candidatos gamacistas en la Casa Lonja, para sacarse las puyas que les habían clavado.

Y ayer, en el teatro Eslava, se celebró otro mitin por el candidato de la Unión Nacional, apoyado por los prohombres republicanos de la localidad, para sacarse también las puyas de marras.

Ideas á un lado, aquí no se ventilan públicamente más que las cuestiones de amor propio.

Ahora vamos á hacer una aclaración, que quizá sirva para saber el por qué el señor don Basilio Paraiso no ha venido al mitin de Sevilla.

Es sabido que el Sr. D. José de Montes y Sierra, aunque afecto á la Unión Nacional, no se ha encubierto en la nebulosa en que dicho partido se desenvuelve; antes al contrario, ha sido lo suficientemente franco para proclamar su candidatura como candidatura republicana, y para ello solicitó el concurso de sus correligionarios de esta ciudad.

Ante situación tan clara, que no ha debido ignorar el Sr. Paraiso, éste ha huido como alma que lleva el diablo, porque sus fines son otros, opuestos completamente á las declaraciones del candidato por Sevilla.

En el mismo día que el Sr. Montes y Sierra hacía confesión pública y franca de que él es republicano antes que unionista, el Sr. Paraiso dice en Madrid, públicamente también:

«SE IMPONE LA ACTUAL MONARQUÍA CONSERVANDO Á SUS HOMBRES, y mientras no se revelen otros nuevos, abordar los problemas que no consienten compás de espera.»

No cabe, pues, disyuntiva alguna. El partido Unión Nacional es un partido monárquico.

El reconocimiento explícito de su jefe el señor Paraiso á raíz de salir huyendo del sitio en el que iban á proclamarse las ideas republicanas con la ruda franqueza que lo ha hecho en Sevilla el Sr. Montes y Sierra, es una prueba indubitable que no da lugar á dudas.

Bien ha hecho el Sr. Montes en celebrar su reunión pública á los cuatro vientos, y acompañado de los republicanos.

Sacádase el polvo monárquico que ha recogido la Unión Nacional por esas carreteras de la política enrevesada que sustenta su jefe; y si sale derrotado en la lucha, que salve, por lo menos, su bandera.

¿Es por eso por lo que no ha venido á Sevilla el Sr. D. Basilio Paraiso?

¿Sabía dicho señor que el Sr. Montes no abdicaba de sus ideas republicanas ni por un Paraiso ni por cien Paraisos?...

No lo será. Pero los hechos lo acusan de una manera clara y terminante.

Y sigamos ahora con lo que el Sr. Paraiso ha dicho en Madrid:

«Ocupándose de las congregaciones religiosas, cree tienen su esfera propia dentro del derecho público y eclesiástico, combinando las facultades del Estado con las tradiciones del Concordato.»

Este señor no es otra cosa que un Moret bastante rebajado... ¡Qué más quisiera!

Moret, con ser quien es, jamás se ocupa en esas cuestiones, porque es sabido su odio y antipatía hacia la clérigalla de todos los órdenes.

El puesto que ocupa, su notable significación dentro del régimen monárquico, le obligan á soportar esa lepra; pero jamás le reconoce públicamente derechos de que carece, con y sin Concordato.

Razón sobradísima tenía D. Francisco Pi y Margall al aconsejar á sus huestes republicanas el desvío contra los hombres de dicha agrupación, y razón ha tenido el Sr. Montes Sierra al romper públicamente en Sevilla con esa amalgama convencional que, á manera de unguento amarillo, va aplicando por todas partes el señor Paraiso.

**

En Madrid han detenido á un caballero muy guapo que llevaba un bulto grande colocado bajo un brazo. Fueron á reconocerle, y se dice que encontraron algunos bajo relieves de la estatua de Moyano, que pesaban cinco arrobas... ¡Vaya un ladrón descocado! Si llegara ese á ministro, y no sería muy raro, se llevara un ministerio hasta con los empleados.

**

Un señor D. Hermógenes, ocupándose en la situación política actual de los partidos, conduélase lacrimosamente diciendo:

«Ni Moret, ni Montero Ríos, envuelto entre mantas trititando de frío en pleno verano, voluntariamente recluido en su residencia de Lourizán, pueden ser sus herederos. Morirá, pues, también, sin ejecutores de su testamento político, que no se ha preocupado en formular. ¿Qué pasará entonces?... Nadie puede decirlo, nadie puede adivinarlo. El poder en medio de la calle y sin nadie que lo recoja; ni conservadores que no existen, ni liberales que no parecen, ni republicanos sin organización, ni carlistas sin virilidad y sin fuerza suficiente.»

Después de la muerte... la descomposición, la corrupción, toda la herviente gusanería voraz devorando el cadáver... ¡Desgraciado país, infeliz nación de tan miserables destinos y desmedrada fortuna, que tiene pendiente todo su porvenir del hilo de vida de un pobre viejo achacoso y rendido!...

Es así que, en muriendo el Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, cree el Sr. D. Hermógenes que aquí vienen las ruinas de Palmira.

¡Caramba, caramba, y qué pesimista es usted!

Pero, en fin, consuélese con que el padre del Sr. Sagasta vivió noventa y tantos años; y como es muy posible que el hijo lo imite, y éste año no ha llegado á los ochenta, todavía hay España para rato...

Y para ratas de todas las categorías.

**

Dice un telegrama de *El Porvenir*: «Dicen de Irún que los gendarmes y el comisario de la estación de Hendaya sorprendieron *infraganti*, dentro de un vagón de primera, á un fraile benedictino y una mujer procedente de España, dándose parte al juzgado.»

Bueno que lo cogieran *infraganti*; pero ¿*infraganti* delito de qué?

¿Qué estaban haciendo el fraile benedictino y la mujer procedente de España para dar parte de ello al juzgado?

¿Pretenden acaso que los casen por lo civil?

¡Pero qué comodones!
¡En vagón de primera!

**

En un jergón de usurero ha encontrado una familia seis mil duros, todo en oro... ¡Valiente salto daría!

El cura saldrá diciendo:

—Debe de gastarse en misas, me lo dijo al confesarse.—

Y le dirán en seguida:

—Ha faltado usted á los cánones.

¡Silencio! No se publica el secreto del sumario de un hombre cuando agoniza.—

¡Y tendrán razón sobrada los que tales cosas digan!...

**

De un diario de Málaga:

«En Málaga la sinceridad electoral es tan grande, que hemos visto una caricatura, puramente malagueña, donde la pintan en forma de meretriz ambulante.»

Y al pié se leen estas líneas que debiera escandalizar á los malagueños:

«Ni diez céntimos dan por ella.»

Aquí dan más. En todos los centros electorales—en los fusionistas por lo menos—se da Garvey á pasto.

Que son más de diez céntimos. Pero, no obstante, sigue tan meretriz, y tan ambulante.

CARRASQUILLA.

¿Lo ven ustedes?

En el importante Consejo de ministros celebrado el lunes, para que las instituciones no se molesten en día festivo, se tratarán muchos asuntos, revoliendo el indulto favorable de los reos de Santoña, levantando la suspensión de garantías en Barcelona y su provincia, pero con la protesta de aplicar, en caso de revuelta, la Ley contra los anarquistas y la famosa que produjo el gobierno conservador contra el separatismo, después de haber sido Silvela y Polavieja los que lo fomentaron.

También trató el gobierno, con preferente atención, del problema económico, y se ocupó del presupuesto.

Subió Sagasta al poder, y nos ofreció la reorganización de los servicios y un presupuesto nuevo, del que se ocuparía el gobierno enseguida de constituirse; y se dijo, ni más ni menos que el año pasado, que había que reorganizarlo todo.

Pues ya no hay semejante cosa, ni nadie piensa en reorganizar nada. Ahora ya viene declarando el gobierno responsable que, para cumplir la Ley del año natural, había que presentar á las Cortes el presupuesto, inmediatamente después de su constitución; y, como no se ha podido formar un presupuesto nuevo con los servicios reorganizados, hay que conformarse con el presupuesto de Villaverde, un poco corregido y aumentado, y las reformas, y la reorganización de los servicios y el cumplimiento de los compromisos con la opinión, que lo hará el gobierno por una serie de proyectos de Ley, que presentará allá para el Otoño, y que evidentemente, ni llegarán á ser Ley, ni pasarán de las comisiones parlamentarias.

El eterno ofrecer y el eterno no cumplir lo ofrecido. Los gobiernos de España, con la resaca tauración, son los gobiernos de las promesas que nunca se convierten en realidades más que cuando se trata de reprimir los grandes movimientos de opinión, de esquilmar al contribuyente con nuevos tributos, ó de entregar al extranjero parte importantísima del territorio nacional. Lo demás, es letra muerta para ellos, que viven hasta que se sacian, para entregar las riendas del Estado al otro partido de turno. La broma es demasiado pesada para soportarla con estóica pasividad; y demasiado indigna la farsa para combatida con discursos parlamentarios que ya todos nos sabemos de memoria, y cuyo resultado jamás causa efecto, ni da al traste con ningún gobierno.

Tres años y dos partidos políticos; venimos atormentados del clamoreo que han levantado, ofreciéndonos el *mandé*, y tres años perdidos y dos resortes de gobierno desacreditados por ineptos y por incapaces de conducir la nave del Estado por caminos beneficiosos y convenientes al interés público; y lo mismo, lo mismo sucederá si quien puede llama á sus consejos á esos grandes vocedores que atruenan los espacios con sus alardes de regeneración, pero que no pasarían de un Sagasta en miniatura ó de un Silvela caricaturizado.

Todo esto es la obra eterna de un régimen vicioso, cuyo funcionamiento hace imposible toda medida beneficiosa para el país, y cuya organización es incompatible con las exigencias de los tiempos actuales.

El triste espectáculo que ofrece la lucha electoral, los medios á que el gobierno apela, todo cuanto se realiza, es la demostración pal-

maría de que no puede haber presupuesto por que no hay gobierno capaz de formarlo, sin que se interponga el veto y sin que, enfrente de los intereses de la nación, se pongan las conveniencias del régimen y los intereses de los privilegiados, de los compadres y de los amigos que le apoyan; y así iremos pasando la vida en catadura de nuevos gobiernos que sucesivamente irán fracasando mientras que nosotros vamos dejando á tiras la piel y vemos disminuir los elementos de trabajo y los medios de subsistencia, y entrando de lleno en la servidumbre, porque de día en día se nos arrebatan los pocos derechos de ciudadanos que vergonzosamente reconoce la constitución que rige en España.

Dejémosnos de nuevas cataduras y de nuevas pruebas, que ya sobran ejemplos y enseñanzas para soportar esta carga tan pesada que concluye con la fortuna pública, y va resistiendo y viviendo de nuestra sabiduría y á fuerza de engaños y de enojosas promesas.

El que conoce que está oprimido y no tiene el valor de arrojar al suelo la carga que le oprime y que amenaza con dar con su cuerpo en tierra, es más miserable que el tirano, y digno de la esclavitud; pero el que se sacude vigoroso y cierra contra el opresor, el que se siente digno de regenerarse y redimirse y que se considera capaz de comprometer la vida por salvar el honor y la dignidad de la patria, es digno de la libertad y está capacitado para gobernarse por sí mismo.

A.

EL DISTRITO DE ESTEPA

Con motivo de la proclamación de la candidatura de D. Antonio Quesada por el distrito de Estepa, hemos celebrado una conferencia con nuestro querido amigo, quien nos ha manifestado lo siguiente:

—No tengo—dijo—el menor interés personal en ser diputado. Es más, la obtención del acta significaría para mí un contratiempo. Mi salud resentida, me alejó de Madrid, donde ejercí la abogacía durante treinta y un años; pero allá volveré donde me lo demanden los amigos.

Soy republicano de toda la vida, y no me he servido de la política sino para combatir desde el Gobierno civil de Córdoba, como mi compañero á la sazón, D. Alberto Aguilera desde el Gobierno de Sevilla, las perturbaciones creadas por los carlistas y por los exaltados del cantonalismo.

Dos veces he luchado por ese distrito sin resultado. Cierta que mis contrincantes eran un ministro de la Gobernación primero, y después, el secretario de la Presidencia del Consejo de Ministros.

Ahora, mi contrincante es también temible, por igual concepto; pero yo, más que por el acta, voy en son de protesta contra el régimen del caciquismo más intolerable y brutal que ha podido conocerse en este pobre país del caciquismo y de la tiranía oligárquica.

Al principio las cosas marchaban en el distrito relativamente bien, bajo el mando de los liberales; pero desde que el cacique cambió de nombre ó adquirió un sobrenombre y se puso en juego la *grandeza*, Niza y otras fruslerías, no se le vio ya más ni por el distrito, ni por Sevilla, ni por Madrid...—créame usted—aquellos pueblos marchan á paso de carga hacia la barbarie.

Por ser diputado por oposición la primera vez, no sé cuántas cosas hizo mi hombre. Allí rivalizó en caritativo heroísmo con su contrincante el Sr. Cano y Cueto, metiéndose en el foco de una población infestada del cólera-morbo; allí hizo limosnas cuantiosas, y cuentan que hasta se dejó dar sendos sablazos por granujas, que nunca faltan, y son propietarios desde aquel *maná* salvador.

Después han sobrevenido otras calamidades como una que hace seis años arrasó varios pueblos, arrancando de cuajo cientos de casas, sembrando la ruina, el hambre y la desesperación... pero ¡ay! que el héroe de la caridad andaba lejos, muy lejos, en las grandes estaciones de la elegancia europea, gastándose en las rifas y tómbolas de la *caridad alegre* y *aristocrática* cien veces más que lo necesario para remediar en sus pueblos la miseria de cien familias.

Ríase usted del *Cosí* y de los más acreditados caciques que hayan osado á mayores enormidades. Aquello es el Riff en sus más características manifestaciones. Administración, justicia, derecho, respeto á la propiedad... son nombres huecos, sin realidad alguna en este nominalismo del moderno régimen. Sólo existe una palabra con contenido: la gran palabra ¡autoridad! Juez lego hay en población donde existen abogados, cuyo mérito sólo estriba en ser próximo pariente de un celebre bandido; falsedades se cometen á diario en los expedientes que *lo necesitan*; población hay, como Estepa, que tiene la tercera parte de su caserío adjudicado al Estado, con lo cual está dicho si no se evaporarán las rentas, ni volarán las tejas, puertas y ventanas; en fin, hasta los solares se filtran á las casas inmediatas.

Alcaldes hay procesados por delito contra la propiedad, y pasa un año, y pasa otro año, y pasa que el Gobernador es apercebido por promover segunda competencia sobre el asunto, y pasan carros y carretas, y el Alcalde, como si no pasara nada.

Causa existe por falsedad, que queda paralizada en virtud de estas competencias de los gobernadores, cuya acción redentora viene á ser como el agua del Jordán.

No falta sujeto que haya descubierto un medio extraordinario de vivir cómodamente sobre el país: subasta de una vez la bicoca de centenares de fincas del Estado, de las cuales logra que se le adjudiquen 54; satisface sólo el primer plazo, las negocia, carbona, se hace con fondos para vivir unos cuantos años... y el Estado, que aguarde y pague la contribución.

Los bienes comunales de uso común *imprescriptibles* se ocupan ó venden por el primero que así se le antoje, lo mismo que las aguas públicas ó privadas, sin que exista medio de obtener justicia, porque el perseguido, en caso de denuncia, es infaliblemente el denunciante.

En fin, ¿cómo acabar sin cansarle? Los positivos se evaporan. Los terraplenes... no se evaporan; al contrario, se levantan con una facilidad que es una bendición de Dios. Se presupuestan á alto precio, naturalmente, y con la facultad de tomar la tierra de los propietarios sin la voluntad de los mismos ó contra ella.

Otro caso de evaporación: el de un magnífico puente de sillera que no ha dejado rastros de su pasada existencia, sino en los sillares de otro puente hecho *por contrata* y que paga el Estado.

¿Un detalle más? Un marido y un hermano, no *afectos á la situación*, han tenido por sí mismos que abrir la fosa y enterrar respectivamente á su mujer y á su hermana, porque la administración les negaba este servicio, que no se niega ni en país de cafés.

Los que nada de esto encuentran bueno, esos son mis electores.

Si el candidato del Gobierno, ya que no tenga valor de combatir semejantes desmanes, ofreciera no proteger ese sistema de odiosa arbitrariedad, no surgiría mi candidatura.

No combato por republicanos ni por monárquicos; lúcho por la causa de la honradez contra el bandidaje.

De actualidad

En el distrito de la Inclusa verificóse reunión electoral romerista con asistencia de Romero.

Suspendióse á causa del escándalo que se produjo.

Asistieron elementos republicanos y no se entendieron con Romero.

Silbaron y promovieron gran tumulto.

Urzaiz proyecta la reforma del impuesto de utilidades para evitar que dejen de contribuir por ese concepto los empleados de 1,000 pesetas de sueldo, que abundan en provincias.

Sagasta es partidario de que se suprima el impuesto.

Hasta la próxima semana no se celebrará Consejo para ocuparse entonces del resultado de las elecciones.

Hoy celebrará un importante mitin la Unión Nacional, en donde Paraiso presentará los candidatos de Madrid.

En Barcelona Pl visitó anoche el Ateneo.

Improvísóse sesión presidida por Pl y Robert, quien le presentó en discurso encomiástico.

Pl en su discurso dijo que deben ser autónomas las regiones todas de la Península.

Querer ir más allá sería desear el separatismo y constituiría la desdicha de la región que se declarase independiente.

Rechazar el separatismo equivale á afianzar la autonomía de las regiones.

Las frases de Pl impresionaron.

Un artículo de *El Liberal* califica de desdichado censurable que la legación de España en Méjico se halle sin proveer desde fines de Marzo, dada la importancia suma que tiene para nosotros dicha legación.

Estima que deben proveerse con hombres de primera talla los cargos diplomáticos en América y Portugal, si aspiramos todavía á representar algo en el mundo.

Bilbao.—Al mitin socialista asistieron 6,000 personas: violentos discursos contra el soborno de los electores.

Iglesias rechazó los insultos que le dirigen los políticos llamándole vidvor.

A la salida hubo manifestación y entregaron las bases al Gobernador.

Verificóse la sesión preparatoria del Congreso Naval.

Acordóse celebrarla en el Ateneo.

En Valladolid declaráronse en huelga los ebanistas, herreros, tapiceros y tallistas, pidiendo aumento de jornal.

El teniente de la benemérita y los dos guardias que maltrataron al vecino de Vallecas han sido separados del servicio.

Linares.—La línea férrea cubrióse de langosta, la que ocasionó que un tren de mercancías patinara y descarrilara, sufriendo destrozos.

El maquinista, el fogonero y conductores, arrojáronse á la vía resultando contusos.

El diputado inglés Boules, presidente de la comisión nombrada para inspeccionar y dictaminar sobre las obras del dique, se ha retirado de la comisión, recabando libertad de acción parlamentaria.

Niégame á revelar el motivo de su disentiimiento con sus compañeros.

Llamará la atención de la Cámara sobre las defensas y obras de Gibraltar.

Según despacho de París, el ministro de negocios exteriores Delcasse está indispuerto á causa de las fatigas de su viaje á Rusia, y abandonó la capital por algunos días para tomar aguas.

A Londres telegrafian que Dewet con numerosas fuerzas ha invadido nuevamente el Cabo.

Ha ocurrido accidente en una mina de carbón cerca de Nueva York, resultando nueve muertos y ocho heridos, la mayoría italianos.

La esposa de Mac-Kinley está grave.

CARMELO

—Yo navegaba entonces de *tercero*—me dijo Rosendo Gómez, el narrador de esta historia—en la barca *Aguila*. Salimos de Málaga para Valparaíso y Lima.

Llevábamos unos veinte días de mar, casi sin haber tenido que tocarle al aparejo.

Una tarde el cariz se puso amenazador, y aunque el viento era calma chicha y no cesaba de caer agua menuda, el capitán, hombre muy previsor, preparó el barco marineramente.

A las diez de aquella noche desfogó el ciclón. En mi vida he visto ni viento más furioso ni mar más gruesa ni arbolada.

Tres días que fueron de prueba nos aguantamos con la capa cerrada. Al cuarto amainó el tiempo.

Recuerdo que era un martes por la mañana cuando yo me encargué de la guardia de alba.

Al hacer la descubierta observé una vela por estribor, que llevaba muy poco aparejo... En esto subió el capitán, le di parte de la ocurrencia, echó un anteojazo, y me dijo:

—¿No le has visto bandera larga?

—No, señor—repliqué—creo que no lleva bandera.

—Pues vamos á reconocerle.

Se acercó el capitán al timonel, le dió un par de cuartas de andar, y nosotros *braceamos* por *sotavento*.

Pronto estuvimos á su costado, y pudimos ver que era un barco como de 700 toneladas, de tres palos, con aparejo de brikbarca; los masteles de gavia rendidos, sin botes, con las casetas de la cubierta destrozadas, y tan excesivamente calado, que parecía medio lleno de agua; en la jarcia de mesana una bandera inglesa amorronada, señal de pedir auxilio.

Acortamos de vela, nos atrasamos, y pudimos convencernos de que no había gente, á lo menos en cubierta.

—Parece un barco abandonado—le dije al capitán.

—Eso parece—me contestó.—Como las circunstancias son tan favorables, no me opongo á que vayás á bordo á curiosear.

Nos pusimos en *sacha* y se arrió un bote, que yo patroné, tripulado por tres marineros. Así que el bote atracó á la barca, dos marineros subieron conmigo.

¡Qué desolación! Por toda la cubierta sólo se veían astillas, tabloncillos rotos, barricadas desfondadas, botellas, pedazos de cristal; me acerqué á la boca de la escotilla y grité con toda la fuerza de mis pulmones:—¿Hay alguien abajo?—Pero nadie contestó á mis gritos.

Bajé á la cámara y me dirigí hacia el camarote del capitán con objeto de ver si estaban allí los cuadernillos de bitácora, para saber el nombre del buque, pues no lo tenía en la amura, y el de la popa estaba ya debajo del agua.

De pronto oímos un grito extraño, una especie de quejido débil.

—¿Oye usted?—me dijo uno de los marineros.—Se fué la gente y se dejaron olvidado al gato...

—¿Como gato?...—exclamé yo.—Eso no es un gato... Síganme ustedes.

Entré en el camarote de donde parecía salir el quejido y, pudimos contemplar el cuerpo de una mujer que estrechaba entre sus brazos un niño de pecho como de ocho á diez meses.

No parecía muerta, pero al acercarnos á tocarla, nos convencimos de que lo estaba.

Era una joven como de veintiseis años, muy rubia, y apesar de la palidez cadavérica y de tener cerrados los ojos, nos pareció muy linda.

El niño se movía gateando, tendido sobre el pecho, entre los brazos de la madre, dando de vez en cuando gritos inarticulados como si ya no tuviera alientos para llorar...

Lo saqué de la litera, vi que estaba casi yerto con el vestido empapado.

El traje de la madre (porque sin duda aquella era la madre) estaba también chorreando, lo que me hizo suponer que no había mucho tiempo que habían bajado al camarote, sin duda para morir acostados.

Discurrían los marineros, sin acertar á comprender cómo hubiera hombres de mar capaces del abandono de una mujer, y mucho menos de una madre con una criatura de pecho... ¿Quién era aquella infeliz?

Yo procuré tranquilizarlos diciéndoles que muy bien podía ser aquella la mujer del capitán, el cual acaso hubiera muerto en los primeros momentos de la catástrofe; que tal vez murieran todos al arriar los botes.

Le dí el chiquillo al tío Bartolo, el más viejo de los marineros, me quitó mi paletot para que lo envolviera en él, porque la pobre criatura tiritaba de frío y lloraba.

Recorrimos el buque en todos sentidos, y nada encontramos que nos pudiera dar luz sobre su nombre.

¿Qué hacer con el cadáver de la jóven?

Considerando que bien poco había de tardar el buque en sumergirse del todo, me pareció que aquél era el más decoroso ataud.

Nos arrodillamos, nos descubrimos, y con toda devoción se rezó el credo, la salve y dos Padrenuestros por la salvación de su alma.

Luego nos metimos en el bote y, al acercarnos al «Aguila», levanté en brazos al pequeño para que lo vieran desde á bordo.

—¿Qué diantres es lo que traes?—preguntó el capitán.

—Un chiquillo—le contesté, y abrí un poco el paletot para que lo vieran la carita.

Atraqué, subí con el niño en brazos y los marineros se arremolinaron todos para admirar una cosa tan inesperada. Al capitán, que bajo una corteza ruda era un corazón de oro, se le saltaron las lágrimas, y me preguntó:

—¿La madre queda muerta en la barca?

—Sí señor, allí queda...

—¿Dios la haya perdonado! Vamos, ¿y tú entiendes algo la manera de gobernar estos muñecos?

—¿Qué sé yo... Se me ocurre, sin embargo, que como el chiquillo parece yerto, necesita abrigo, y como tendrá hambre, es preciso que coma...

—Bueno, bueno!—dijo el capitán.—Llévatelo abajo y *arránchalo* como mejor sepas; no subas, no hagas guardia, ni te ocupes de otra cosa que del mocito.

Me lo llevé corriendo á mi camarote, llamé al mayordomo para que me ayudara á manejar aquello que se me iba de las manos...

Por fin, entre el mayordomo, el tío Bartolo y yo, conseguimos quitar alfileres, desatar cintas y desunir trapos. El chiquillo lloraba, yo sufría creyendo que lo lastimábamos.

Así que estubo el niño bien envuelto y abrigado en la más nueva de mis camisetas de lana, fué el mayordomo á calentar un poco de leche condensada, y entre tanto, yo, con el chiquillo en la falda, esperaba su comida.

Bajó á verlo el capitán, y me dijo:

—¿Como va el galopin? ¿Qué edad tendrá?

—Me parece—le contesté—que no llega al año.

—¡Menos de un año!—exclamó.—¡Extraños designios de la Providencia! ¡Pensar que marineros rudos, que hombres en todo su vigor sucumben y que sólo se salva un niño de teta!

En esto llegó el mayordomo con la leche caliente y una cuchara; tomó al chiquillo, se le puso en la falda y se dió tan buena maña, que á poco rato dormía aquél en mi litera con el sueño de un ángel.

Este sueño reparador nos infundió á todos esperanzas. El angelito siguió comiendo y durmiendo; pero ¡qué apuros los nuestros para lavarlo y sobre todo para vestirlo!

El chiquillo era indísimo; en mi vida había yo visto unos ojitos tan azules, tan grandes y tan bonitos.

Algunas veces, cuando, después de lavarlo muy bien en un bañito con ena esponja fina, lo colocaba en mi litera para jugar con él, se me humedecían los ojos.

No se puede usted imaginar el cariño que inspiró á todos los de á bordo.

Cuando en los días de buen tiempo lo subía yo á cubierta y lo echaba sobre una alfombra para que gateara y pateara al sol, venían todos los marineros á verlo y no se cansaban de besarlo y acariciarlo.